

¿Hacia donde va la democracia?

Democracia, el gobierno del pueblo, ha sido siempre el modelo sobre el que se ha basado el ideal de establecer la justicia social. Un gobierno en el que los ciudadanos vean representados sus intereses, sin discriminaciones ni favoritismos, y con profundas implicaciones solidarias.

Quizás, y desde un punto de vista teórico, la forma más democrática que puede existir es la acracia, es decir el modelo de organización social que prescinde de cualquier estructura de gobierno y se rige por la total y absoluta democracia directa, un ciudadano/a, un voto, en todas las decisiones que afectan a la comunidad.

Desgraciadamente, este sistema es poco viable en una sociedad altamente compleja como la actual. Si las decisiones tuviéramos que tomarlas en base exclusiva a un procedimiento asambleario, nos encontraríamos con serias dificultades para llevarlo a cabo. En la medida que crecen los participantes en una asamblea, más difícil resulta su funcionamiento eficaz, hasta llegar al punto de ser imposible. Queda el recurso de establecer un proceso escalonado de asambleas, pero para que este sea realmente democrático, la toma de decisiones finales se eterniza. Debemos tener en cuenta que los representantes electos en las asambleas de base, llevan un mandato que no pueden cambiar. Si en una asamblea de orden superior, en el proceso de discusión, surge una nueva idea o alternativa, esta deberá volver a las asambleas de base para su aprobación o rechace.

Ello no significa que no debemos tener en cuenta algunos de los principios del modelo anarquista. Aunque en democracias instauradas en sociedades complejas, la representación delegada parece algo inevitable, esta debe estar compensada con mecanismos de democracia directa que controlen e impidan que quienes adquieren poder representativo hagan un mal uso del mismo. Y ahí es donde el anarquismo tiene mucho que aportar.

Si a las alturas de nuestra evolución social y cultural, estas deberían ser las discusiones que deberían primar en cuanto al futuro de nuestro modelo sociopolítico, nada más lejos de la realidad. Hoy el propio concepto de democracia se tambalea peligrosamente.

Por un lado, la inmensa mayoría de los votantes carecen de la más mínima formación política. Su voto no está basado en el análisis de las opciones razonablemente presentadas por las organizaciones políticas ¿Cuántos de ellos se ha leído los programas de gobierno de las distintas candidaturas? ¿Cuántos de ellos han realizado un esfuerzo en analizar la situación actual, las causas y cuales serían, a

su entender, las posibles soluciones, y por qué? Me temo que una muy reducida minoría. Y ello tiene consecuencias nefastas, ya que la decisión de voto de la inmensa mayoría de los votantes es consecuencia de la cada vez más extendida manipulación propagandística, que nada tiene que ver con las decisiones meditadas y razonadas.

Por otra parte, las propias organizaciones políticas no centran sus esfuerzos en desarrollar un programa de gobierno y explicarlo, indicando claramente cuales serán las medidas a adoptar, el porqué de las mismas y sus efectos. Lejos de ello se limitan a lanzar slogans, en su mayor parte vacíos de contenido, pero que enlacen con la campaña diseñada por los publicistas, en la línea de la manipulación antes apuntada.

En nuestro caso, al igual que en otros países, el sistema electoral no juega limpio. Un simple análisis del reparto de los votos de las últimas elecciones resalta de forma evidente que el reparto de representantes (diputados) nada tiene que ver con los votos adjudicados a cada formación política. De hecho, la mayoría absoluta obtenida por el PP es totalmente falsa. Es difícil que los ciudadanos puedan sentirse realmente representados por esos políticos, y por consiguiente confiar en un sistema definido como democrático, pero que no lo es.

En realidad, ni siquiera un reparto proporcional entre los votos emitidos sería plenamente democrático. El reparto debería hacerse en función de los posibles votantes, y si debido a la abstención, votos nulos o en blanco deben quedar puestos vacantes, así debería ser asumido por el modelo político. Si los ciudadanos no votan es consecuencia directa de la falta de confianza que genera el modelo político y eso debería verse reflejado en la cámara de representantes. Sería un acicate importante para que los políticos y sus organizaciones se esforzaran mucho más en conectar con la sociedad a la que dicen representar.

Pero todo lo anterior serían defectos subsanables si, mínimamente, la acción política se correspondiera con las necesidades y deseos del colectivo social supuestamente representado. Pero la realidad es otra. La actual ornada de políticos, tanto a nivel del estado español como fuera de él, solo se preocupan de los votantes en campaña electoral y los utilizan el día de las elecciones. Después quienes realmente mandan en las decisiones tomadas por ellos son la escasa minoría que detenta el poder económico. Y la demostración más palpable la vemos en como todas las decisiones tomadas desde que se inició la crisis solo han tenido un objetivo: garantizar los beneficios del sector financiero.

Llegado al extremo en que las decisiones políticas vienen condicionadas por las valoraciones de las agencias de rating, se hacen inevitables preguntas como: ¿Para qué sirve el modelo político representativo? ¿Para qué sirven las elecciones? ¿Para qué sirven los partidos? ¿Para qué sirve esta supuesta democracia secuestrada por el poder económico?

Hoy, en pleno siglo XXI, los modelos heredados del siglo anterior se tambalean peligrosamente. Sus flaquezas, sus desequilibrios, sus injusticias se han expandido hasta corromper las partes que, en su día, pudieron parecer positivas. El futuro se presenta incierto y lleno de negros presagios. El nazismo, el fascismo, el totalitarismo presentan signos de renacer de sus cenizas; y es lógico ya que estos movimientos se nutren de las grandes crisis.

Si la democracia tiene que sobrevivir, no será gracias a los actuales políticos en candelero. Deberá constituirse un modelo económico-social-político nuevo que, aunque beba inevitablemente de todos nuestra experiencias anteriores, evite los errores y fracasos sufridos; y fundamentalmente confiera especial protagonismo al ciudadano medio como fin último de su función. Especialmente, será fundamental que la actividad económica deje de tener como objetivo la generación de beneficios, y traslade su fin a la cobertura de las necesidades de los ciudadanos.

En caso contrario, mucho me temo que el actual civilización entrará en un inevitable declive, y que el futuro implique una nueva "edad oscura", tal y como sucedió tras la caída del imperio romano.